

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

Madrid 24 de Marzo de 1913

BATURRILLO

I

La figura de Nicolás Maquiavelo siempre interesó. Era íaco, vivos los ojos, la nariz larga, las mejillas hundidas, grande y arrugada la boca, atontada la expresión. Así aparece en el retrato que figura al frente de sus obras. Ateo en pleno siglo XVI, excedido en el siglo XVII como apologista del regicidio y tildado por los enciclopedistas de defensor de la tiranía. Montesquieu le desprecia; en cambio, Napoleón parece haberle rehabilitado con una salida de tono.

La leyenda ha reunido con el nombre de «maquiavelismo» un conjunto de máximas cónicas y contradictorias.

El maquiavelismo no nació quizás después de Maquiavelo, no fue quizás una invención de sus escolásticos y comentaristas? Jean Dubreton pretende, en un libro reciente, saturado de erudición y de psicología, devolvernos la imagen viva del famoso florentino, tal como fue en la vida pública y privada, en la próspera como en la adversa fortuna; mezcla de servilismo y de grandeza, de impudencia y de vigor; un ambicioso como otros muchos, producto de su tiempo, víctima tal vez del ambiente social. Dubreton ha aprovechado las Memorias de los contemporáneos y las cartas de Maquiavelo para esta rehabilitación histórica. Tiene cuidado en separar el personaje vivo del personaje póstumo inventado por la imaginación popular.

El maquiavelismo es la astucia fría, la crueldad hipocrita, la impasibilidad y el dominio de sí mismo, convertidos en sistema. Maquiavelo fue violento, impulsivo, hipocorístico y genovés, nada tenaz en su complejo en sus intrigas, casi incapaz de gobernar y poco o nada calculador. «El fin justifica los medios» es el lema del maquiavelismo; lo que equivale a una apología del éxito.

Maquiavelo no conocía casi sino una serie de infortunios, y en cuanto al éxito no supo, en rigor, con qué se comía. Devorado por la ambición, tuvo que contentarse, durante catorce años, con ser secretario de la República Florentina. Durante su larga ociosidad se consagró a la literatura.

En sentir de Dubreton, cuanto hay en Maquiavelo de energético y artificioso procede de su educación humanista y de sus pretensiones literarias. No carecía del todo de fundamento: su reputación de literato eclipsaba la que tenía como político. Desde luego ganaba más escribiendo (ó, por lo menos, eran más sus honores), que desempeñando misiones diplomáticas. «Sus Discursos», su «Mandrágora» (tan viva como leucosia), le valieron más aplausos que su genio político. De su «Príncipe» no podría decirse lo mismo.

Dubreton no parece compartir este juicio, toda vez que desdena sus obras. «Su cultura antigua dañó la expansión de su verdadero genio».

El latín, ha dicho Brunetière, citando precisamente a Maquiavelo, es una lengua puramente realista, propia de la observación justa. Si la literatura italiana corrió hacia lo insignificante, no hay que atribuirlo a las letras antiguas, sino más bien al idealismo platónico que se insinuó en el Renacimiento. Según el propio Brunetière, la estética platónica aparta el arte de la observación de la Naturaleza para llevarle por el camino de la quimera ideal.

Puede que el «Príncipe» esté fundado, más que en la experiencia, en reminiscencias antiguas. Fue una obra de sentido práctico; como que le valió al autor el puesto de consejero íntimo de Lorenzo de Médici. Las compilaciones y los comentarios no son sino un alarde literario en una época en que la erudición (á menudo pedantesca) bastaba para consagrar un nombre. En esta obra estallan sus rencores, gimen sus desfallecimientos...

II

Jean Dubreton ve surgir de estos sufrimientos secretos la visión luminosa de un nuevo Estado, y oye el llamamiento a una Italia moribunda que no contesta. Santo Tomás enseñaba que el Estado tenía un fin ético que debe permitir al hombre afrontar la vida futura en las mejores condiciones posibles. Para Maquiavelo, por el contrario, el Estado nada tiene que ver con la religión. Llegó a aconsejar que se utilice la religión como fuerza política. «Esta concepción laica del Estado no sorprende en un humanista? La erudición para los hombres del siglo XVI fue una especie de emancipación intelectual. El espíritu del Renacimiento era hostil al Cristianismo.

Agí como Erasmo intentó en sus «Diálogos» fundar una moral independiente, el escritor florentino pretendió en su «Príncipe» fundar un gobierno laico.

En Maquiavelo no deja de haber consejos sensatos. Hoy nos parecen vulgaridades. En esta época de anarquismo (lire ó no tire bonhas), qué cosa no se nos antoja insipida y pueril? «Los tiempos, decía Maquiavelo, y las cosas cambian á menudo; pero los hombres siguen siendo caprichosos. Quien sepa adaptarse á la buena y á la mala fortuna dará pruebas de inteligente. El hombre tiene la vista corta, y no puede mandar á la Naturaleza. Por donde que la Fortuna cambia, sometiendo el hombre á su yugo.» Su filosofía de la vida se redujo á «aprovecharse de las circunstancias y á no amilanarse ante los reveses». Este oportunismo es muy de la época, y anda en los consejos de Lorenzo el Magnífico á su hijo Juan y en los discursos de Gargantúa.

El estudio biográfico de Dubreton peca de descosido é incoherente. Concibe la Historia de la manera de Carlyle, del Carlyle ó de Cromwell. Este ensayo es muy inferior al de Macaulay: en mi sentir, lo mejor que se ha escrito sobre el autor de la «Mandrágora».

Fray Candil.

UNA SINGULAR AVENTURA

I

Era en Ablanedo, á mediados de Octubre, cuando han regresado ya los estudiantes, han emigrado las golondrinas y se preparan las veladas caseras. Llovía torrencialmente, como si se hubiesen abierto todas las cataratas del cielo. El rebotar de las gotas de lluvia sobre la acera era una monótona cantarina de cristal.

Volvía yo de casa de mi novia, situada en el barrio de Ecce-Homo, á un rincón de la angosta y quebrada calle del Paraíso, muy cerca del convento de Madres Agustinas. Había mediado ya la noche. En el reloj de la Audiencia retumbaban déces lentas y graves campanadas, que contestaron todos los relojes de la ciudad: el reloj de San Pelayo, el reloj de las Casas Constitucionales, el reloj de San Gil, el reloj de la Universidad, el reloj de las Franciscanas y el reloj del Gobierno civil.

Caminaba yo lento y distraído, absorto en mis pensamientos. Por aquellos días comenzaba á dudar de Rosario, mi novia de entonces. Y lo peor era que, aun dudando de ella,

la quería cada vez más. Precisamente aquella noche atenuaba mi mente como un rítorneo la expresiva humorada de Camposamor, tan adecuada á mi estado de ánimo:

«Ya no tengo esperanza de que acabe jamás la pena mía, porque, al perder en ti mi confianza, no he perdido el amor que te tenía.»

Mis sienas ardían; mi corazón era un volcán... «Por qué habría conocido yo jamás á aquella mujer desconcertante y enigmática que, después de dos años de relaciones, venía á inspirarme desconfianza?... Vacilaba en una indecisión de abulico, de enfermo, de incansante. Una vez creía que Rosario era una mujer vulgar, indigna de mí, pero que me quería vulgarmente y sublimemente, como salen querer las mujeres vulgares y acaso ignoran las románticas; otras veces creía que Rosario iba á ser la perpetua desgracia de mi vida...

Yo no merecía ser desgraciado; yo era un muchacho inteligente, jovial y discreto, que amaba las más largas y áridas relaciones con mi charra mimada; era cariñoso y zalameiro con las novias; no tenía una figura despreciable. «Por qué, pues, no había de sacrificarme y renunciar á mi felicidad para labrar la felicidad de una intrusa, de una apocrita en mi camino?»

En mi alma, sin embargo, había un vicio de origen, una laga purulenta... el cansancio de todo, la eterna ansiedad insatisfecha. «Cómo dividía yo á ciertos compañeros míos que tenían una novia formal y que eran capaces de hablarla sin cesarse dos horas seguidas todos los días!... Yo me fastidiaba al lado de Rosario más de tres cuartos de hora. Fra de solador reconocer esto á los veintidós años; pero así me ocurría. Junto á una chiquilla encantadora, á quien yo quería mucho y muy plácidamente, con cariño de hermano, me cansaba á los diez minutos.

«Como, pues, me sentía tan intimamente ligado á Rosario, que creía imposible desprenderme de esas cadenas... ¿Cómo había logrado concretar mis aspiraciones en una mujer perfectamente vulgar, sin relieve alguno?»

Dicen los seducidos teutones que los enamorados exageran demasiado la diferencia entre una mujer y las demás mujeres. Esta frase revela una enorme falta de comprensión. Tanto valdría contestarle que si los enamorados exageran la diferencia entre su amada y las demás mujeres, los no enamorados exageran demasiado la diferencia entre las demás mujeres y la mujer que no adora. Si un enamorado peca por creer que su adorado tórnese en la mujer ideal, el que no comprende á ese enamorado peca por creer que hay muchas mujeres superiores á esa que el enamorado distingue entre todas. ¡Y la actitud de esfinje que tienen todas las mujeres, excepto la mujer que le quiere á uno!... Esta también será esfinje en el fondo; mas, por lo menos, lo ha revelado á uno su secreto á medias...»

Todo esto iba yo pensando calle del Ecce-Homo arriba, cuando en la esquina de la retuerta calle del Águila me saltó al paso un embocado. Era un hombre alto, seco y anguloso, bien arrebujado en su capa española.

«¿Me da usted lugar?—me dije con voz cavernosa.

La voz sonóme á voz de truhan, voz de taban, voz de beodo. Echéme un poco atrás insubordinadamente, pero por aquel desagradable timbre de voz. En aquel momento, como un relampago, fulguró en la sombra la hoja de un arma blanca. Un buho graznaba siniestramente en el campanario de San Gil.

Noté mi turbación el talur y apresuradamente dije:

«No se asuste, joven; es la navajita para picar tabaco...»

Contemplé con asombro á aquel monstruo de ferocidad que llamaba navajita á una faca de colosales dimensiones.

Añadió, aclarando su idea:

«Comprenda usted: los que nos rozamos en los garitos con toda clase de gente, buena y mala, necesitamos ir prevenidos... Ahora, ¿me hará usted el obsequio de dedicar el resto de la noche á mi humilde persona?»

«¿Caramba, es tan tarde!—dije.—Yo tengo sueño. Luego... no tendríamos dónde refugiarnos aunque quisieramos...»

«Como habér, si hay sitios. Ahora, si usted piensa marcharse á casa, no quiero sujetarle de ningún modo...»

«¿Hombre... yo... (dije ya vacilante, indeciso, algo impresionado por el recuerdo de «la navajita») yo... claro está... acostumbré á retirarme á estas horas... me están esperando en casa...»

«A la madrugada me agradecerá usted estas tres ó cuatro horas que pasaremos en claro... Lo voy á hablar de un asunto de interés para usted. ¿Vamos?»

«Vámonos, pues...»

Y descendimos por la empinada cuesta. Me condujo á una taberna de los arrabales de Ablanedo, una taberna hundida en una casucha de un piso á la cual había que descender por seis escalones de piedra. Allí había cuatro tipos extraños y sordidos, de esos tipos ambiguos que andan á la madrugada por las tabernas. El uno, alto, fornido, rubio como un germano, con trazas de carniceiro; otro, escuadricado y feble, con traje de señorito; otros dos astrosos y harapientos, como gorfos de infima estofa. Los cuatro jugaban un plebeyo tute, intercalado de blasfemias y palabrotas.

Nos retiramos á un rincón del zaquizamí y, con gran sorpresa mía, aquel misterioso embocado que yo creí bebedor incansable de aguardiente y otras pócimas, pidió un té. Yo pedí lo mismo.

Desembosóse mi incógnito compañero, y apareció un rostro demacrado por el vicio, por las noches en claro, pero con el cutis fino, primariamente señorito. Los ojos, apagados, eran lo que más denunciaba en él al libertino. Iba correctamente vestido de azul, sin una tilde en el traje. Cuando se quitó el sombrero noté que una prematura calva se abría paso entre la maraña de cabellos rizados que le adornaban. El bigote era estrizado, á lo Kaiser. Un cuello bajo dejaba ver el torso firme y blanco. Una corbata de lizo daba airosa continente al cuello. Cuando se descalzó los guantes observé que llevaba elegantes puños doblados, á la moda. Dos aros y una sortija con un bello rubí ornaban sus finas manos. Bajo la capa española, airosamente llevada, pero algo sucia y vieja, se ocellaba, no un buen bebedor, como yo sospeché en principio, sino un buen sujeto, fino y bien trajeado, casi un «andano».

Más tranquilizado ya respecto á sus intenciones—porque vana tranquiliza tanto á las dos de la madrugada como un hombre bien vestido,—me dispuse á escucharle. Después que nos hubieron traído el té, bien humeante y aromático, él se sitió frente á mí y comenzó á hablar... Mirádomo fíjamente me dijo:

«Ante todo, perdóneme usted porque le hago una pregunta indiscreta. Usted está muy enamorado de Rosario, ¿ó le habla usted por capricho, por pasatiempo?»

«Hombre, así de pronto, le diré á usted, sí, sí le quiero bastante...»

«Era una pregunta previa, necesaria para entrar en materia...»

Sobaron dos golpes en la puerta del tinajero, abrió el ama y entró, tambaleándose, un mozo de aldea que canturreaba con voz ronca una tonada ingenua del país:

Entra, lindo amor, que mis padres duermen...

El embocado (ya desembocado) me ofreció un pitillo, y comenzó su relato:

«La madre de Rosario, doña Pilar, fué en sus buenos tiempos una realísima moza. Yo la conocí por entonces. Acababa de casarse, y triunfaba en todo el esplendor de sus veinticinco años y de su hermosa rozagante. Era alta, muy esbelta, muy rubia, mucho más guapa que Rosario (y perdírneme usted...) Cuando iba á masa de doce, de San Isidoro, era verdaderamente de las hermosuras admiradas por todo Ablanedo... Se había casado por conveniencia, no por amor, y tenía en poca estima á su marido, un zafio indiano, que ni siquiera había traído dinero abundante, sino unas pesetejas que reluctance abundante, en botonaduras, relojes y sortijas... Pero nada positivo; apenas una renta exigua para vivir modestamente... Por aquel tiempo yo era gallardo, joven y calavera; no me ruborizaba decirlo porque ya hace tanto tiempo que pasó... (tanto que me da vergüenza recordarlo... Ello fue que se susurraban ciertas cosas de Pilar; no se hablaba bien de ella en la ciudad, y quise comprobar por mi mismo, temerariamente, la veracidad de estas afirmaciones... Me lancé á la conquista, y...»

«Cállé un momento; me miró con fijeza, como escuchando mis íntimos sentires, pidió otra taza de té, casi se le embocó en un sorbo enorme, y prosiguió:

«Acaso dirá usted: ¿Qué indiscreto es este caballero, que sin conocerme hasta hoy, me cuenta un episodio muy escabroso de su historia? No, no soy indiscreto, y, sobre todo, profiero esta acusación á dejarlo á usted en brazos de esa sirena que puede perderle... Yo lo conozco á usted hace mucho tiempo; su profesión de periodista le da notoriedad, le hace hombre popular, hombre que tiene la vida encerrada entre paredes de cristal. Yo le digo á usted los pasos desde que ha llegado á esta ciudad, le espío, le averiguo su conducta, porque me interesa usted como me interesan todos los jóvenes de talento...»

«Apuño la taza de un sorbo final, encendió el cigarro, y casi suspirando añadió:

«Ah! Yo les envidio á ustedes los jóvenes con bríos, con talento, con perseverancia. Yo, en el fondo, soy un fracasado; yo he tenido en la juventud aficiones literarias; pero fui víctima de este ambiente, que me abogó, que me cortó las alas... Yo veo por usted ahora, me parece ver en usted todo lo que yo no fui... y, francamente, temo por usted, temo que el ambiente le anule... Pero, sobre todo, temo usted cuidado con las mujeres: esas pueden decidir de nuestro destino; esas le degradan ó le regeneran... Yo tuve la suerte en mi mano y la arrojé por la ventana á causa de mis íntimos amores con la mamá de Rosario. Puede ir á Madrid, colóqueme bien: prefiero quedar en este poblacho, adorado á mí y á Pilar... El caso de usted no es el mismo, desde luego, porque su amor es un amor normal y sano... un amor con vistas al matrimonio. Pues eso es lo que yo preciso, y lo que yo para usted, el matrimonio... Quizá Rosario—perdone que le hablo tan crudamente—no reúne garantías para hacer una buena mujer casada: quizá es un poco loca, voluble, como su madre, «Mariposina», como yo la llamaba... Además, eso se hereda: los malos instintos... yo siempre puedo con ellos la educación... Y, por otra parte, la de Rosario es muy deficiente: créame usted á mí, que conozco bien á su madre, á Pilar... En fin... usted verá... usted es mayor de edad y ya puede reflexionar...»

«Llamamos un momento; él, pensativo; yo, suspensa de emoción. Pugnamos el consumo y salimos. En la callejuela del suburbio donde está afinada la taberna clareaba la primera luz del alba. Había cesado de llover... Pasaban los pañuderos con los cestos á la cabeza, olorosos al suave pan caliente; cruzaban las primeras aldeanucas con «goxas» de huevos y frutas para el mercado...»

«Yo pronuncié estas palabras:

«Todo eso que usted me dice... me hace pensar, sí, me hace pensar... pero, ¡estoy tan enamorado de Rosario! ¿La quiero tanto!... Y usted no cree que ella podría ser buena aunque no lo haya sido su madre?»

«El embocado contestó cavernosamente:

«Ni lo creo ni lo dejo de creer. Sólo le suplico, por bien de usted mismo, que deje á su novia, que busque otra...»

«Yo repliqué, trémulo:

«La quiero tanto!... No va á poder ser...»

Entonces el embocado me cogió de un brazo y mirádomo á los ojos fijamente me dijo con tono trágico:

«Y si yo se lo pidiese á usted... imperativamente... como padre... de Rosario?»

«Las campanas de un convento cercano llamaban á la primera misa. Pasó un mozo cantando:

Entra, lindo amor, que mis padres duermen; entra, lindo amor, que no se despierten.

Andrés González-Blanco.

Madrid, Marzo 1913.

REVISTA LITERARIA

Estudios históricos y críticos, por el marqués de Lema. «Estudios», por Sofía Casanova. «Mientras la nieve cae...», por Gertrudis Segovia.

Bajo el título de «Estudios históricos y críticos» ha reunido en un volumen el señor marqués de Lema diversas monografías que aparecieron antes en revistas y ahora ha completado el autor con nuevos datos y observaciones. Sobresalen entre estos estudios los referentes al proyecto de matrimonio de Napoleón con una princesa española, la infanta María Isabel, hija de Carlos IV; á otro proyecto matrimonial, en que se pretendió enlazar á Fernando VII, siendo príncipe de Asturias, con una cuñada de Godoy, hija del infante D. Luis, y á una minuta de testamento del mismo Fernando, escrita de mano de Calomarde, y que es antecedente digno de atención en la historia algo entredada y oscura de las variaciones en el orden de suceder en la Corona ocurridas desde las Cortes de 1789. El marqués de Lema conoce bien la época, como lo acredita su excelente libro «Antecedentes políticos y diplomáticos de los sucesos de 1808», y trata en estos estudios de particulares que no son de mera curiosidad, sino de transcendencia histórica. El proyecto de enlazar al príncipe Fernando con esta cuñada de Godoy, por ejemplo, arrojó luz sobre el origen de los hechos que dieron lugar al proceso de El Escorial, y tanto este estudio como el referente acerca del proyecto de boda de Napoleón con una infanta española, nos acercan á un asunto histórico de manifiesto interés dramático y muy ligado con los sucesos de la política interior y exterior de España en los últimos años del reinado de Carlos IV: la zozobra é inquietud de Godoy ante la animadversión con que le distinguía, no sin razón, el príncipe heredero y sus varios planes y pensamientos para conjurar el peligro que veía cernirse sobre su cabeza cuando desapareciera Carlos IV, y que, con el motín de Aranjuez, se adelantó á sus previsiones. Es sorprendente de la figura del príncipe de la Paz no haya tenido todavía un historial completo é imparcial que, sin otras dudas que el esclarecimiento de la verdad y aprovechando elementos documentales que no hay una razón para mantener secretos, trace un definitivo retrato de aquel personaje y su época. Los eruditos é interesantes monografías de Pérez de Guzmán muestran el mucho partido que pue-

de sacarse de este asunto, aunque adolecen, á mi ver, de un espíritu excesivamente apolítico, del que no participa en modo alguno el marqués de Lema en sus citados estudios.

Figura al lado de ellos, en el libro de que hacemos hoy un curioso examen de cierto boceto de retrato del cardenal infante D. Fernando, hermano de Felipe IV, que posee el marqués de Lema, y que, con buenas razones, atribuye á Velázquez, y sostiene ser el boceto de donde fué pintada la cabeza del retrato de D. Fernando, en hábito de cazador, que existe en el Museo del Prado, y acerca del cual Cruzada Villamil, Justí y Beruete han hecho nota particularidades que confirman la hipótesis que con argumentación sagaz y persuasiva (apoyándose no sólo en textos de historiadores y críticos, sino en datos tan elocuentes como la identidad de medidas faciales é indicios documentales sacados de los antiguos inventarios de Palacio) defiende el marqués de Lema. Interesante es también el artículo consagrado al último gran maestro español de la Orden de San Juan de Jerusalén, D. Francisco Jiménez de Tejada, y al motín que promovieron en Malta, en su tiempo, los clérigos mal contentos con las providencias de reforma de costumbres adoptadas por el maestro. Un estudio acerca del canonista Don Julián Aguirre, un paralelo entre Macaulay y Cánovas, y un capítulo de rectores ofrecen particular interés los referentes á O'Donnell en el tiempo que medió desde su caída, en 1866, á su muerte, completan el libro, que por los datos nuevos que ofrece en algunas de sus partes, el discreto uso que se hace en él de las fuentes documentales, la sana crítica que por lo general revela y su correcta forma, merece figurar en las bibliotecas de los aficionados á la Historia.

«Éxoticas», de Sofía Casanova, es una colección de artículos breves, donde el alma poética y generosa de la autora recoge las querrelas de Polonia contra sus opresores. Estas naciones cautivas, que conservan su personalidad espiritual después de haber perdido su independencia, no pueden menos de despertar un movimiento de simpatía en los espíritus inclinados al culto del ideal, particularmente cuando se trata de pueblos que fueron grandes y gloriosos como Polonia. La Historia se ha hecho así, con despojos, desmembraciones y conquistas de pueblos, y no hay mucha esperanza de que cambie de procedimientos en plazo breve, aunque sí puede haberla de que los Imperios dominantes comprendan cada día mejor lo ventajoso que es para ellos y para la Humanidad gobernar liberalmente á las naciones ó provincias que se incorporan por la fuerza de las armas, y hasta reconocerles toda la autonomía posible, como hizo Inglaterra con los boers.

Siendo Polonia la segunda patria de Sofía Casanova, se explica bien que sea tan ardoroso el sentimiento que palpita en las bellas páginas de su libro, en que hay también mucho patriotismo español, y que tienen la espontaneidad y el encanto fresco é ingenio de un cuaderno de confidencias.

Animada por la favorable acogida que lograron sus anteriores cuentos de hadas, la señorita Gertrudis Segovia ha publicado un nuevo volumen de esta literatura fantástica. Lleva su libro el título de «Mientras la nieve cae...», que parece evocar veladas del hogar, propias para que se cuenten al amor de la lumbre antiguas historias maravillosas.

La autora escribe con sutura, tiene inventiva é instinto poético y debe de haber leído muchas relaciones fantásticas del género de las que ha compuesto. Todo esto contribuye á que su libro se lea con agrado.

«Mí párese», que es el título de un libro difícil de escribir, que es el día de los más difíciles de escribir, aunque sea á un público infantil. No me fundo en el adelanto de las ciencias, en la incredulidad contemporánea, ni en ninguno de los tópicos graves que suelen invocarse para hacer una buena mujer casada: quizá es un poco loca, voluble, como su madre, «Mariposina», como yo la llamaba... Además, eso se hereda: los malos instintos... yo siempre puedo con ellos la educación... Y, por otra parte, la de Rosario es muy deficiente: créame usted á mí, que conozco bien á su madre, á Pilar... En fin... usted verá... usted es mayor de edad y ya puede reflexionar...»

«Llamamos un momento; él, pensativo; yo, suspensa de emoción. Pugnamos el consumo y salimos. En la callejuela del suburbio donde está afinada la taberna clareaba la primera luz del alba. Había cesado de llover... Pasaban los pañuderos con los cestos á la cabeza, olorosos al suave pan caliente; cruzaban las primeras aldeanucas con «goxas» de huevos y frutas para el mercado...»

«Yo pronuncié estas palabras:

«Todo eso que usted me dice... me hace pensar, sí, me hace pensar... pero, ¡estoy tan enamorado de Rosario! ¿La quiero tanto!... Y usted no cree que ella podría ser buena aunque no lo haya sido su madre?»

«El embocado contestó cavernosamente:

«Ni lo creo ni lo dejo de creer. Sólo le suplico, por bien de usted mismo, que deje á su novia, que busque otra...»

«Yo repliqué, trémulo:

«La quiero tanto!... No va á poder ser...»

Entonces el embocado me cogió de un brazo y mirádomo á los ojos fijamente me dijo con tono trágico:

«Y si yo se lo pidiese á usted... imperativamente... como padre... de Rosario?»

«Las campanas de un convento cercano llamaban á la primera misa. Pasó un mozo cantando:

Entra, lindo amor, que mis padres duermen; entra, lindo amor, que no se despierten.

Andrés González-Blanco.

Madrid, Marzo 1913.

«Mozá tu belleza como mueren las rosas; siento al besar tus labios el horror de perderle, y por eso apriiono tus manos temblorosas, porque te quiero y tengo mucho miedo á la muerte.

«Volarán mis canciones call los mariposas, la Pálida Barquera pronto echará mi suerte; por eso miro tanto las flores luminosas de tus ojos, que temo el morir por no verte.

«¿Por qué mueren tan pronto las rosas y el amor? ¿Qué ángel malo me inspira este inmenso terror de hacer sin ti el viaje del que nadie ha tornado?

«Suave fuera partir en amante hermandad, dándole un beso todo de luz y eternidad, mientras boga Caronte triste y desnañado.

Emilio Carrere.

Actualidad extranjera

El culto al árbol

La tala de árboles ha llegado á alcanzar en Francia proporciones tan inesperadas que algunos publicistas, celosos del bien público, exagerando quizás la nota, califican el caso nada menos que de peligro nacional. La Reue, siempre aficionada al socorrido procedimiento de los interrogatorios, ha preguntado á varias eminencias sus pareceres respectivos sobre el mal. La inclinación, y aun la veneración al árbol, resplandecen en todas las respuestas.

«El jefe de la nación se expresa en tonos racionales.

«Soy fanático de los árboles—dice—y quisiera tener derecho á cortar la cabeza de quienes los derriban.»

Conviene advertir que M. Poincaré no era todavía presidente de la República cuando se expresó con tal violencia. Monsieur Barres ha declarado que la Humanidad perdió muchos placeres inefables no creyendo á las plantas susceptibles de afección; debiéramos, respecto de los árboles y las flores, la ilusión que nos anima con relación á los animales.

Jerges—dice M. Barrés,—viendo un árbol magnífico en las llanuras de Aruncnia, sus pendió de sus ramas brazaletes y collares y dejó á su cuidado un hombre inmortal; quien sucesivamente habían de reemplazar otros de calidad idéntica, conforme fuesen muriendo.

El doctor Branley considera la tala como una desdicha igual á la de la despoblación, sin que para evitarla se descubra remedio alguno.

Monsieur Charles Gide, catedrático y jurisconsulto, es un optimista; cree que la calificación de los bosques acabará por modificarse. Llegaremos á contemplarlos en forma de parques á la entrada de las ciudades, en el lugar mismo en que se hallaban en las épocas remotas.

Monsieur Lemaitre cree que jamás debe derivarse un árbol; solamente es lícito hacerlo en caso de necesidad absoluta; el odio que tenaz que siente el crítico se lo profesa á uno de sus vecinos de campo que corta hierbas con lo que la venta le produce.

El director del Museo de Historia Natural pide que se instituyan nuevas leyes para impedir que cunda la barba.

Monsieur José Renach reconoce que las existentes bastan, si se aplicaran con el rigor oportuno.

Lo propio entiende M. Pierre Baudin, ministro de Marina, el cual afirma que la administración forestal es vigilante, pero que los prefectos no la secundan como debieran. Lo solamente eficaz es llegar á un régimen administrativo que no dependa para nada del despotismo miserable de la política.

Es la respuesta más práctica de todos los personajes interrogados.

Un discurso de Rostand

Los representantes de la crítica dramática y musical francesas congregáronse días pasados en el banquete anual que acostumbraban, para estrechar los lazos que, naturalmente, deben unir á los encargados de encaminar y depurar el gusto público en el disfrute de los deleites escénicos.

El autor de «Cyrano» presidió la fiesta, y el presidente de la Asociación censoria tributó á M. Rostand, en nombre de todos sus compañeros, las alabanzas que merece su teatro heroico.

Monsieur Rostand brindó en un discurso, lleno de imágenes como sus versos, por la salud de la crítica; no porque la crea amenazada, sino porque en el ambiente actual se divisa la tendencia, entre los representantes de intereses que no dejan de ser legítimos, de sustituir con los sultos de caducidad.

La crítica—añadió—afirma y mantiene la dignidad del arte; sin su cooperación, el poema y el drama serían encajonados como cualquier producto farmacéutico.

Monsieur Rostand, por su parte, no se resigna jamás á ser expendedor de un producto cuya demigración sea imposibilitada por las leyes. Encuentra, si natural que los que arriesgan una fortuna impulsados por las esperanzas que les hiciera concebir un manuscrito misterioso, busquen medios de defensa y garantías; admite de buen grado que exista una oficina donde se practiquen esfuerzos para fabricar éxitos; pero solamente con la condición de que no se cierre el laboratorio en que se acierte á formar la gloria.

El afortunado autor de «Chantecler» está plenamente convencido de que todo escritor, cuyo orgullo sea legítimo, luego de experimentados los primeros rasguños de la publicidad, se sienta feliz ante una diatriba vigorosa. Juzga con razón serena que los autores han menester mejor de comprensión que de elabanza; han de ser escuchados por cidos que adviertan algo que no sea el sonido metálico de la taquilla. ¿Qué importan vuestras fétulas?—ha dicho Rostand á los críticos.— ¡Pegad!, pero antes escuchad.

Es evidente que la crítica no está impregnada de la maldad que el común de las gentes cree. Sirviéndose de un simil meridional, M. Rostand manifiesta que el crítico no escribe lo que piensa por experimentar el placer de plantar un buen par de banerillas.

El insigne renovador del teatro moderno francés, interpretando acaso las luchas de su espíritu en la creación de su arte, dijo á los censores dramáticos al final de su peroración que nada surge ni se engrandece si no es en el libre ambiente de las discusiones recitricas; nada es más discutido que el árbol combatido por los vientos y el promontorio por las olas; pero sólo á la sacudida de las ramas conciben las raíces la profundidad que alcanzan, y las rocas demue